

Introducción

Durante los últimos años hemos sido testigos de un amplio movimiento que se propone repensar y transformar las maneras en que hasta ahora hemos comprendido las relaciones humanas y los modos en que estas se articulan con el poder. Este fenómeno de inquietud y búsqueda, que se ha manifestado concretamente en la crisis del capitalismo global (globalizante), en el generalizado cuestionamiento de la lógica del (neo)imperialismo y el fuerte debate sobre la hegemonía entre lo universal y lo local, ha exigido con fuerza inusitada reconsiderar la idea de la comunidad y lo colectivo.

Bajo la premisa de que la tradición crítica de la crítica literaria latinoamericana constituyó en el pasado —y aún en el presente— una modalidad de comunidad compleja y sugerente, pero a la vez, se situó como un territorio que convoca permanentemente a la reflexión sobre lo colectivo, es necesario examinar y analizar su historia desde los años sesenta hasta hoy, utilizando como casos representativos de esa trayectoria los trabajos de Antonio Cornejo Polar y Ángel Rama.

Desde los sesenta, la tradición crítica de la crítica latinoamericana se fue configurando y transformando en un escenario clave y un territorio discursivo esencial para la construcción de una ‘comunidad regional’; al mismo tiempo, en ese mismo proceso, se fueron pensando y produciendo fórmulas y estrategias para articularla. Se reconoce que, sin embargo, esa formación de campo (comunidad) es muy anterior al

periodo trazado en esta investigación. Tanto es así que en ella su trayectoria se encuentra profunda e inevitablemente arraigada a los procesos de independencia que llevaron a cabo la mayor parte de los países de América Latina a principios del siglo XIX.

En ese contexto, la voluntad de construir un colectivo surge de lo que en este trabajo he llamado el 'impulso descolonial', una potencia inevitable producida por la herida colonial (Mignolo 2007) que se constituye a partir de la necesidad de ser reconocido y reconocerse en la diferencia y de crear un territorio material y simbólico autónomo que se separe y desprenda del yugo imperial. En nombre de esa pulsión y deseo de desafiliarse, la comunidad se aglutina alrededor de un nombre, elabora estrategias para mantener la cohesión, legitima un vocabulario común y se propone construir herramientas propias para leerse, expresarse e interpretarse a sí misma. Sin embargo, esa desafiliación en términos radicales es imposible. El hecho imborrable del (des)encuentro colonial y la dependencia material y simbólica que este implica dejará huellas indelebles y determinará la condición conflictiva de una comunidad; en definitiva, siempre acechada por la 'aporía descolonial'.

Precisamente en la década de los sesenta, al abrigo del proyecto de emancipación anticolonial auspiciado por la Revolución Cubana, se distingue otro momento en el cual se desarrolla un proceso de construcción de comunidad asociado a ese impulso descolonial. Allí comienza a construirse una fórmula particular de lo colectivo que, animada por el espíritu revolucionario, difundida por las nuevas estrategias de circulación y democratización de la cultura y el saber y, paralela y paradójicamente, sostenida por las nuevas prácticas dispuestas por el mercado, configurará una de las versiones más exitosas de esa construcción comunitaria que es América Latina. La estabilidad de esa idea de lo colectivo elaborada por políticos, intelectuales y artistas, y sustentada en la reivindicación material, epistemológica y cultural de la región verá limitada su duración a una década. La problemática de una narrativa identitaria fija y totalizante comienza a ser el foco de los cuestionamientos de aquellos mismos representantes que habrían colaborado a organizarla. La aporía descolonial se hacía presente y abría las puertas a una nueva batalla por la hegemonía discursiva.

Sin embargo, en 1973, esa batalla y todas las anteriores son violentamente suspendidas por la acción de un proyecto que ya desde fines de la Segunda Guerra Mundial había venido organizándose y actuando paulatinamente. Se trataba de un proceso neocolonial, de intervención amplia e internacional, que si bien se adaptaba cuidadosamente a los contextos locales de aquellos países que sufrieron su acción directamente, proyectaba una ola de transformaciones radicales en América Latina con efectos en el orden mundial. Me refiero a los golpes de Estado cívicos-militares perpetrados en Chile y Uruguay.

A los protagonistas de ese fatídico tramo de nuestra historia no solo le atribuimos el hecho de haber llevado a cabo un genocidio, sino también de haber consumado un proyecto tan violento, despiadado y definitivo como el de deshacerse materialmente de un grupo significativo del cuerpo social. Además de la integración del orden incipientemente global del capitalismo internacional, que en el caso de Chile asumiría una forma especialmente radical y que, sustentado en la ideología neoliberal, ejercería su poder y organizaría su funcionamiento a través de una política y una gramática del borramiento y la refundación nacional¹. Las ideas de progreso económico, productividad y consumo como base de esa ideología se convertirían en el objetivo y la promesa de alcanzar un destino de 'primer mundo'. Al mismo tiempo, se desprestigiaba y obliteraba el pasado, lo que implicaba una operación de

1. En su libro *Crítica de la memoria* la profesora franco-chilena Nelly Richard construye un nuevo sistema de análisis histórico que pone como centro la desestabilización del concepto de recuerdo. A través de su propuesta intenta desmontar lo que llama el 'dispositivo de la memoria oficial' que pretendería borrar el pasado y las luchas por la hegemonía interpretativa generando un nuevo orden institucional (nacional) que implica la desmovilización social y el apaciguamiento de esa memoria. Para ella este dispositivo habría comenzado a funcionar en la postdictadura y operaría, precisamente, a través de prácticas simbólicas de borramiento y resmantización. A través de ellas se lograría una 'contra-apropiación' de significados y el establecimiento de una política de la refundación nacional. Este esquema explica nuestro argumento en la medida en que planteamos que, efectivamente, en Chile se ha llevado a cabo esta operación; sin embargo, creemos que esta no fue activada en el periodo postdictatorial sino mucho antes —como intentaremos probar ahora— e inmediatamente realizado el golpe de Estado cívico militar. Véase Richard (2010).

vaciamiento del discurso social existente y de relleno de ese vacío con los nuevos significados de una nueva nación que mira hacia el futuro. Sin embargo, como reconoce Nelly Richard, este proceso de desmemorización y resemantizaciones perversas (2010: 10) no restringe su labor al periodo en que se desarrolla la dictadura en Chile, sino que establece una continuidad ‘encubierta’ en la etapa que algunos llaman de ‘transición democrática’ y otros preferimos llamar ‘postdictadura’.

Fue precisamente en este periodo de postdictadura, en la segunda mitad de los años noventa, cuando comencé mis estudios de literatura en una de las universidades públicas de Chile, una de aquellas que había sufrido con mayor dureza la intervención del régimen dictatorial. Los cuestionamientos que surgían a raíz de la escritura de una tesina sobre el modernismo y las vanguardias latinoamericanas, me despertaron una fuerte inquietud. ¿Qué sentido tenía ser un buen lector, un lector experto y especializado?, ¿en qué campos laborales podía utilizar lo que parecía en ese minuto tan solo una destreza?, ¿cómo poner al servicio de otros o de alguien todo ese conocimiento acumulado durante cuatro años? Y, por otro lado, ¿cómo y con qué herramientas teóricas hablar sobre un fenómeno tan complejo como lo es el de las vanguardias ‘latinoamericanas’? Allí se abría un mundo de preguntas y contradicciones. Faltaba un pedazo de ‘algo’, faltaba la historia, faltaba el comprender y articular ciertas discusiones que no aparecían en el mapa de ese saber acopiado.

A esta impresión de que había algo que no calzaba, de que algo estaba quedando fuera o estábamos omitiendo, se suma que, al realizar los análisis, nos encontrábamos con ‘rarezas’ o ‘anomalías’ que no se ajustaban o excedían la terminología y los instrumentos teóricos que estábamos usando, lo que agregaba una tremenda sensación de inutilidad. No importaba nuestra nacionalidad, no representaba ningún valor si éramos chilenos, paraguayos, brasileros o franceses, éramos o nos sentíamos, en ese minuto, sujetos del mundo. Nos convertíamos en los sujetos fragmentados posmodernos e incomprensidos que leíamos textos muchas veces pobremente traducidos. Estábamos desarticulados por esas mismas lecturas que parecían destinarnos a existir en la ‘universalidad’ del infierno paradisíaco que era la ‘aldea global’, pero al mismo tiempo no cabíamos en ella.

Bajo estas condiciones, comprendiéndonos evidentemente innecesarios y prescindibles para el sistema imperante, buscamos un lugar seguro donde poder practicar nuestro saber especializado. En efecto, ese territorio era el de la ciudad letrada, pequeña unidad académica más bien, (auto)desterrada, que garantizaba las conversaciones necesarias para recrear una sociedad imaginada, aseguraba la recepción y circulación de las ideas y los textos, y la creación de redes y grupos que se leían y polemizaban entre ellos. Sin embargo, ¿por qué las murallas de ese domicilio habían crecido tan altas?, ¿por qué sus habitantes insistíamos en separarnos de lo que estaba fuera de sus dominios y, al mismo tiempo, nos sentíamos rechazados por ese ‘afuera’? ¿Por qué nos habíamos resignado o acostumbrado a habitar ese terreno, a creer en su épica, contentarnos con esa versión lineal, universal y única de la historia?

Precisamente, todas estas inquietudes se sintetizan en el texto que da origen a esta investigación. En ese ‘proyecto’, se reconocía incipientemente la efectividad y el poder de los discursos y de la ideología que los sostiene en la formación y consolidación de una narrativa sobre la identidad. Debido a ello, también se asomaban los argumentos y las razones por las cuales era necesario volver al pasado para repensarlo. Sobre todo, porque ese viaje retrospectivo no solo permitiría ver cómo el discurso de la dictadura había mermado nuestra capacidad de ver, sino porque también la ideología que ella representaba había sido motor esencial en la desarticulación del conflictuado proceso de descolonización de los sesenta y de la deslegitimación del quehacer del crítico e intelectual. Justamente lo que esa intervención había borrado y lo que a mí me faltaba era una parte de nuestra historia, de la historia de Chile, de la historia de América Latina.

El programa que instaló la dictadura se basó primordialmente en conquistar la hegemonía discursiva a través de tres ámbitos o territorios de la experiencia social para nosotros fundamentales. Estos son la historia, la política y la cultura. La nueva narrativa de la historia se habría reorganizado linealmente como un conjunto de hechos cronológicos que celebraban batallas militares de la gesta nacional. Los textos escolares terminaban su relato de la historia contemporánea en los años cincuenta y la historia de Europa era etiquetada como la historia ‘universal’ desde la cual se colgaba la nacional. La civilización

estaba en otra parte y a ella había que aspirar. El pasado ‘cercano’ que había negado la ‘nación’, representaba la barbarie, había que borrarlo, omitirlo y olvidarlo.

A partir de la búsqueda de ese pedazo de historia borrado fue que regresé a la universidad. Allí, en un curso de postgrado, tuve la posibilidad de conocer la lista de nombres que conformaban lo que el curso consideraba la ‘teoría crítica latinoamericana’. Teniendo a la mano ese corpus y tratando de concentrar mis esfuerzos en responder a mi antigua interrogante sobre el trabajo de quienes se dedican a estudiar la literatura, encontré el proyecto escritural de una figura que me interesó explorar. Es así como llegué a elaborar un trabajo monográfico sobre la trayectoria crítica de Beatriz Sarlo que se convirtió en mi tesis de maestría.

Sin embargo, continuaba queriendo explicarme de dónde provenían sus posicionamientos e ideas. Me interesaba saber desde qué piso ella había comenzado a escribir su crítica, quería conocer a sus precursores y entender por qué reconocía también en su escritura la ausencia de las voces que había conocido en aquel curso sobre la tradición crítica de la crítica literaria latinoamericana. Fue allí, entonces, de donde surgió la idea de este proyecto.

No obstante, la empresa podría ser inabarcable y generalizadora si nos propusiéramos revisarla en su totalidad. Elegimos para esta investigación, entonces, el trabajo de dos críticos que con la publicación de sus textos paradigmáticos² no solo habían desafiado en los ochenta el estado de desarticulación del campo cultural latinoamericano, sino, además, estimulados por el ‘impulso descolonial’, retomaban con el gesto de sus publicaciones una forma de proyecto colectivo.

Decidí seleccionar los trabajos de Antonio Cornejo Polar y de Ángel Rama para, a través de ellos, recontar la historia del discurso crítico latinoamericano justamente porque se reconoce que en ellos había operado de manera particular el esquema del impulso y la aporía y que, al revisar la trayectoria de su funcionamiento en sus textos, podríamos obtener una perspectiva particular y a la vez ampliada de ese discurso.

2. *Transculturación narrativa en América Latina* (1982) y *Sobre literatura y crítica latinoamericanas* (1982).

Pero, además, el examen y análisis de sus programas y reflexiones, de alguna manera, me permitiría rellenar, aunque fuese momentáneamente, los vacíos dejados por el borramiento y la resemantización.

En términos generales, me interesa el trabajo de estos críticos por tres razones. La primera porque en ellos descubrimos un particular interés por la historia y por releerla desde un punto de vista crítico. Esta perspectiva nos alentaba a comprender que la historia de esta literatura particular —como lo era la escrita en América Latina— no se configuraba como una serie de textos aparecidos secuencialmente al costado de la línea demarcada por la tradición universal, sino que, al contrario, en ellos se podía percibir la gestación misma de los procesos históricos y de los conflictos que los cruzaban. Por otro lado, sus trabajos no solo se ocupaban de releer la historia de la producción literaria, sino también de historizar su propia práctica.

En segundo lugar, porque a través de su trayectoria escritural exhiben una especial preocupación por la figura del intelectual y del crítico literario, por su tarea y su función. En diferentes grados y con distintos acentos a lo largo de los años los autores irán construyendo un modelo que, como explicamos en el tercer capítulo, se corporeiza en la obra y la figura de José María Arguedas. Este modelo que se sintetiza en su doble voz (quechua-español) y su triple agencia (Arguedas pueblo, intelectual y artista), no solo les será útil para actualizar sus conceptos de literatura heterogénea y transcultural, sino para definir la crítica y al sujeto que la practica.

Finalmente, porque, a través de su trabajo teórico y su práctica intelectual concreta, Cornejo Polar y Ángel Rama nos muestran fórmulas y estrategias posibles para crear comunidad. A través de la fundación de revistas intentan conservar y a la vez renovar el diálogo entre los intelectuales dispersados, la participación activa y resolutive (creación de cátedras y actualización de currículums) en las unidades académicas en las que colaboran, su persistente interés por la actividad pedagógica, el compromiso con gestiones directivas en instituciones de difusión cultural (en la Casa de la Cultura de Arequipa, en el caso de Cornejo y en la dirección del proyecto de la Biblioteca Ayacucho, en el de Rama), etc. Por otro lado, en términos teóricos, esta preocupación se evidencia contundentemente —como demostraremos también

en varios capítulos— en la medida en que construyen programas que consisten en ponerse al servicio de la preservación de la idea del colectivo. Estos autores conciben cada uno una teoría a través de la cual pretenden sistematizar y organizar los modos de lectura e interpretación de la producción literaria (cultural) singular de América Latina.

El objetivo de este trabajo es principalmente visitar la historia de la tradición crítica de la crítica latinoamericana. Sin embargo, también se impone como propósito fundamental el de recuperar y difundir los trabajos teóricos, los pensamientos y las prácticas intelectuales de Antonio Cornejo Polar y Ángel Rama. Esto porque efectivamente ellos y su trabajo fueron parte de ese corpus borrado de nuestra historia académica y cultural. Este trabajo que ha intentado ser profundo y exhaustivo es una forma de rescatar nuestra historia. Un primer y quizás perfectible gesto de llenar un vacío al que algunos al menos, hasta ahora, habíamos sido condenados.